

El legado de Monseñor Romero mártir

Jon Sobrino
Centro Monseñor Romero
San Salvador

Varias ideas de estas páginas, a veces párrafos enteros, ya han sido publicadas antes, sobre todo, en la *Revista Latinoamericana de Teología*. La razón para usar ahora lo ya publicado son las innumerables peticiones de hablar y escribir sobre Mons. Romero, que estos días me han llegado de muchas partes.

1. El legado: Mons. Romero y Jesús de Nazaret

Por *legado* no entiendo una *herencia*, bien o mal adquirida, que pasa de unos a otros, sino algo de entidad importante, que se nos ha impuesto. Los *legados* no aparecen a voluntad, ni calculadamente, pero cuando surgen, traen consigo la exigencia de poner a producir su contenido, y también la exigencia de transmitirlo.

Mons. Romero nos dejó un legado. Y para decirlo desde el principio, *su legado es su misma realidad, lo que él fue y lo que él hizo. Y eso es lo que hay que poner a producir*. Hoy es tan útil y necesario como lo fue en su tiempo.

Con estas palabras estoy actualizando, muy sucintamente, lo que, en Hechos de los apóstoles, Pedro dijo en casa de Cornelio, centurión romano y hombre de bien, cuando le pidieron hablar de Jesús de Nazaret. “Ustedes ya conocen lo sucedido por toda Galilea y Judea”, comenzó. Esto se aplica, en buena medida, al conocimiento que ustedes tienen de Mons. Romero. Pedro prosiguió narrando lo fundamental de la vida de Jesús: “pasó haciendo el bien, sanando a los poseídos por el Diablo”. Luego, dio la razón: “porque Dios estaba con él”. Y concluyó, narrando su destino: “le dieron muerte colgándolo de un madero, pero Dios lo resucitó”.

Ese esquema de *la vida y del destino* de Jesús me viene a la mente al recordar a Mons. Romero. Sin forzar las cosas, y con todas las analogías del caso, voy a exponer quién fue Mons. Romero y cuál fue su destino. Para ello, voy a usar las palabras de *un campesino* y las de *un teólogo ilustrado*. El campesino dijo: “Monseñor dijo la verdad. Nos defendió a nosotros, de pobres. Y por eso lo mataron”. Ignacio Ellacuría dijo: “Con monseñor Romero, Dios pasó

por El Salvador”. Quizás ya han escuchado estas palabras, pues las repito con frecuencia. Pero ahora, no tengo nada mejor que ofrecer.

2. Las palabras de un campesino

“*Monseñor Romero dijo la verdad*”. En efecto, Monseñor fue *decidor* de la verdad, *estuvo poseído* por ella y la dijo *con pathos*. Cuando la realidad era buena para los pobres, Monseñor decía la verdad como evangelio, *buena noticia*, con exultación y gozo. Cuando la realidad era mala, opresión y represión, crueldad, muerte, especialmente para los pobres, y miseria, Monseñor decía la verdad como *mala noticia*, con denuncia y desenmascaramiento, y la decía con dolor. Lleno de verdad, Monseñor fue evangelizador entrañable y profeta insobornable.

Decir que Mons. Romero fue “decidor” de la verdad puede parecer abstracto y poca cosa, en comparación con otras cosas que hizo. Pero por ahí comenzó el campesino, y pienso que por buenas razones.

Como “decidor de la verdad”, Mons. Romero emitió juicios sobre la realidad, toda ella. Dejó que *la realidad tomara la palabra* (Karl Rahner) y él tuvo la honradez de hacer pública esa palabra, pronunciada por la misma realidad. Aquí está la raíz del impacto de la palabra de Monseñor. Y dado el lamentable estado en que entonces estaba la verdad en el país —dudo que hayamos mejorado mucho—, el impacto fue inmenso.

Igualmente inmenso sería hoy el impacto si las Naciones Unidas, la Organización de los Estados Americanos, Estados Unidos, la Unión Europea, las instituciones eclesásticas y religiosas, las universidades y también las megaempresas del deporte de élite, dejasen que la realidad de nuestro mundo tomara la palabra y dijese su verdad. Algunos podrán atenuar este juicio aduciendo que algo hemos mejorado en *libertad de expresión*, pero eso no implica mejorar en *voluntad de verdad*, que era la actitud fundamental de Monseñor.

En la tradición bíblica, “decir verdad” es un imperativo que viene de lejos. Y de lejos viene también cuán peligroso es el ámbito en el que se mueve la verdad. “El maligno es asesino y mentiroso”, dice el evangelio de Juan (8,44). Primero da muerte y después encubre. Y positivamente, en consonancia con lo que Puebla dice que hace Dios (1142), como veremos más adelante, Monseñor captó que la finalidad última del *decir verdad* consistía en *defender al pobre*.

Desde estas convicciones, Mons. Romero dijo la verdad de forma nunca conocida en el país, ni antes ni después —aunque el padre Ellacuría también la dijo poderosa y audazmente. Monseñor la dijo *vigorosamente*, pues se remitía a lo más básico y fundamental: “nada hay tan importante como la vida humana, sobre todo la vida de los pobres y oprimidos” (16 de marzo de 1980). Y si no

recuerdo mal, en Puebla, le dijo a Leonardo Boff: “ustedes, teólogos, ayúdenos a defender lo mínimo, que es el máximo don de Dios: la vida”.

Dijo la verdad *extensamente*, para poder decir “toda” la verdad —y sus homilías podían durar una hora. Y la dijo *públicamente*, “desde los tejados”, como pedía Jesús, en la catedral y a través de la YSAX. Dijo la verdad *popularmente*, aprendiendo muchas cosas del pueblo, de modo que, sin saberlo, los pobres y los campesinos eran, en parte, coautores de sus homilías y cartas pastorales. “Entre ustedes y yo, hacemos esta homilía” (16 de septiembre de 1979). “Ustedes y yo hemos escrito la cuarta carta pastoral” (6 de agosto de 1979). Y formuló notables sentencias sobre su relación con el pueblo para decir verdad. “Siento que el pueblo es mi profeta” (8 de julio de 1979). “Hicimos una reflexión tan profunda, que yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender de su pueblo” (9 de septiembre de 1979).

Y fue también *popular*, pues Monseñor respetaba y apreciaba la “razón”, el discurrir del pueblo, de la gente sencilla. Así, evitaba con éxito dar pasos hacia la infantilización religiosa, peligro que suele ser normal en la pastoral.

Diciendo la verdad en homilías dominicales y en cartas pastorales, Monseñor *pasó haciendo el bien*. Y adelantándose un poco, a Monseñor no lo mataron simplemente por *defender* la verdad, sino por *decirla*. De ahí que me agrada la expresión: “Monseñor, *decidor* de la verdad”.

“*Nos defendió a nosotros, de pobres*”. En América Latina, y ciertamente en El Salvador, suficiente gente ha hecho una “opción por los pobres”. En el lenguaje de la jerarquía, esta se ha convertido en una expresión aceptada y bien podemos decir que ya pertenece a la *ortodoxia* eclesial, también con el peligro de toda ortodoxia: que las aristas sean limadas y que lo fundamental llegue a desleírse.

No quiero minusvalorar las cosas bien dichas en Puebla sobre los pobres y la pobreza, en particular, la sobrecogedora letanía de los rostros de pobres (32-39), su multitud (29) y sus causas estructurales y exigencias (30). Pero dicho esto, insisto en una comprensión más precisa de la opción, que aparece en la formulación *teológica* de Puebla, es decir, *qué y cómo hace Dios su opción por los pobres*, lo cual, en mi opinión, no suele tenerse muy en cuenta. Intentarlo puede parecer audaz, incluso arrogante. Pero Puebla tuvo esa audacia, sin ninguna arrogancia.

Los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios, para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aun escarnecida. Por eso Dios toma su defensa y los ama (1142).

“Amar a los pobres” es, ciertamente, esencial para la opción, pero el amor tiene muchas formas de expresarse. Hoy, *amar es ayudar a hambrientos y presos, acoger a refugiados, devolver dignidad y reparación a las víctimas de*

pederastia. Sin embargo, en ese amar aún falta algo esencial: *Dios defiende a pobres y víctimas*. Y al menos en la formulación, con prioridad a otras dimensiones del amor.

El campesino sí entendió bien la opción por los pobres de Mons. Romero. “Nos defendió a nosotros, de pobres”. Estas palabras no suelen ser muy usadas al hablar del arzobispo, pero son fundamentales para hablar de la opción de Dios. Pienso que el campesino no tenía en mente a Puebla, pero le atinó. Captó intuitivamente y habló con precisión. “Monseñor nos defendió a nosotros, de pobres”. No tengo nada que añadir a esta solemne sentencia. Ni al lenguaje que usó: nos defendió a nosotros, “de pobres”, es decir, a nosotros, “que somos pobres”. Monseñor *defendió* a los pobres y oprimidos del país. *No solo optó por ellos*.

Ese *defender* significó *impulsar la organización popular* y el *Socorro Jurídico* para defender a los campesinos y las víctimas de quienes los oprimían y reprimían. Cuando arreció la represión, abrió *las puertas del Seminario Central San José de la Montaña* para acoger, y así defender, a los campesinos que huían de Chalatenango, lo cual, por cierto, disgustó a varios obispos. Y ciertamente, semana tras semana, defendió a los pobres y las víctimas con la verdad que proclamaba públicamente en sus homilías. Es claro, pues, que *Monseñor defendía al oprimido*.

Pero hay que entender qué implica *defender*. *Defender* supone *enfrentarse a* y, cuando es necesario, *luchar contra los que agreden, empobrecen, persiguen, oprimen y reprimen*. Por defender a los pobres, Monseñor se enfrentó con los que mienten y asesinan, fuesen personas, instituciones o estructuras. Y la suya fue una defensa *primordial*, que iba mucho más allá de lo que convencionalmente se suele entender por “*defender un caso*”, cuya finalidad es “*ganar*”, tal como aparece con frecuencia en los programas de televisión. Obviamente, la perspectiva de Monseñor nunca fue *ganar un caso*. Trabajaba y luchaba para que *gasen la realidad maltrecha, la justicia y la verdad*. Más a fondo, trabajaba y luchaba para que *alguna vez no perdiesen los de siempre*.

En cierta ocasión, *defender* lo llevó a *enfrentarse* directamente con la Corte Suprema de Justicia. Esta lo había emplazado públicamente a que dijese los nombres de “los jueces que se venden”, a quienes había denunciado en su homilía dominical. Los asesores de Monseñor estaban asustados. No sabían cómo podía salir con bien del emplazamiento. Pero él no se alteró. En la siguiente homilía aclaró, en primer lugar, que no había dicho “jueces que se venden”, sino “jueces venales”. No se entretuvo en *si dije o no dije esto o aquello*, que poco importaba, sino que, sin más miramientos, fue al fondo de la cuestión.

¿Qué hace la Corte Suprema de Justicia? ¿Dónde está el papel trascendental en una democracia de este poder que debía estar por encima de todos los poderes y reclamar justicia a todo aquel que la atropella? Yo creo que

gran parte del malestar de nuestra patria tiene allí su clave principal, en el presidente y en todos los colaboradores de la Corte Suprema de Justicia, que con más entereza deberían exigir a las cámaras, a los juzgados, a los jueces, a todos los administradores de esta palabra sacrosanta, *la justicia*, que de verdad sean *agentes de justicia* (30 de abril de 1978).

Por último, Monseñor fue *defensor del pobre con todo lo que era y tenía*. Cinco días antes de ser asesinado, a un periodista extranjero que le preguntó cómo era posible, en una situación tan difícil, ser solidario con el pueblo salvadoreño, le contestó: “El que no pueda hacer otra cosa, que rece”. Hagan lo que puedan, pero hagan. Hagan todo lo que puedan, vino a decir. Y añadió la razón para ese hacer necesario de quien quisiera ser humano. “Y no olviden que somos hombres [...] Y que aquí están sufriendo, muriendo, huyendo, refugiándose en las montañas”.

Seis semanas antes de ser asesinado, en la Universidad de Lovaina, con gran naturalidad, elevó lo humano amenazado, empobrecido y agredido a realidad teologal. Introdujo al pobre en el ámbito de Dios: *“la gloria de Dios es que el pobre viva”*. Defender al pobre es defender a Dios. En palabras de Gustavo Gutiérrez, también se podría decir que defender al pobre es *practicar a Dios*.

“*Y por eso lo mataron*”. El lenguaje de *mártires* en el mundo del buen vivir y del querer vivir bien produce extrañeza, incluso repulsión. Entre nosotros, Rutilio, Romero, las cuatro hermanas estadounidenses, así como miles y miles de hombres y mujeres sencillas, que fueron matados inocente y, la mayoría de ellos, indefensamente, aunque suene a paradoja, pueden también producir luz, ánimo y agradecimiento. Pero eso no debiera llevar a que el término “mártir” pierda su vigor material primario, ni siquiera insistiendo, y en mi opinión, reduciéndolo, a *ser testigo*. Hay testigos honrados, íntegros, que no son matados. Los *mártires* son ante todo seres humanos que, por defender a personas y causas justas y necesarias, *son matados*. Remiten ante todo al Jesús *matado* en la cruz.

En este contexto, las palabras finales del campesino son muy importantes. No dice “y lo mataron”, sino que precisa estupendamente, “y *por eso* lo mataron”. Ese “*eso*” es lo que ha dicho antes: “*nos defendió* a nosotros, de pobres”.

Siempre hay razones para ser matado martirialmente. El mismo Monseñor, cuando asesinaron al padre Rafael Palacios, dijo en la homilía de su funeral: “se mata al que estorba”. Por aquellos años, en 1975, la Congregación General XXXII pidió a los jesuitas “introducirse en la lucha crucial de nuestro tiempo, la lucha por la fe y la lucha por la justicia que esa misma fe exige”. Y los padres de la congregación añadieron sabiamente: “no haremos esto sin pagar un precio”. Hacer justicia es *estorbar*, y *ser matado* es pagar un precio.

Quien defiende a pobres y oprimidos debe estar dispuesto a ser matado, lo cual ocurre de diversas formas. Todas ellas coinciden, análogamente, en que arrebatan vida. Lo importante, sin embargo, es la tesis, que Ellacuría repetía con

toda claridad, al pensar en concreto en la identidad de una universidad de inspiración cristiana. Decía que si una universidad sufre persecución, algo o mucho ha hecho de lo que tenía que hacer. Y más claramente, que si no sufre persecución alguna, no ha hecho lo que tenía que hacer. No ha defendido a los oprimidos.

Mons. Romero era consciente de que lo podían matar. Un mes antes de ser asesinado, haciendo los Ejercicios, de san Ignacio, le manifestó a su confesor, el padre Azkue, “el miedo a una muerte violenta”. De hecho, vivió tres años de muerte anunciada. Estallaron bombas en los templos, en el seminario, en las residencias de religiosos y religiosas, en los colegios católicos, en la UCA. Hubo atentados en importantes lugares de trabajo de la arquidiócesis, como la imprenta y la emisora YSAX. Y hubo frecuentes cateos en viviendas e instituciones. Especialmente dolorosos y premonitorios tuvieron que ser los asesinatos de seis sacerdotes, cinco diocesanos y un jesuita. Su muerte estaba *anunciada*.

Asimismo, durante tres años, tuvo que pagar el precio de sufrir el odio de los poderosos. Un matutino, en letras grandes, decía en primera plana: “Monseñor Romero vende su alma al diablo”. Y en otra ocasión: “Harán un exorcismo a monseñor Romero”. No le perdonaban lo que hacía, ni lo que decía. En un arrebato cristiano, Monseñor dijo una vez con cierto gracejo: “Si Jesucristo hubiera sido el arzobispo de San Salvador en esta hora, le lloverían mucho más que a mí los insultos, las calumnias” (5 de diciembre de 1977).

Y con total seriedad, en los Ejercicios mencionados, tras la meditación sobre el seguimiento de Cristo, *el rey eternal*, Monseñor escribió su oblación a Jesucristo, usando las palabras de san Ignacio:

Eterno señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado.

Mons. Ricardo Urioste, su vicario general, recientemente fallecido, solía repetir que “Monseñor Romero fue el salvadoreño más querido y el más odiado”. Es claro que ha sido el más querido. Él ha proporcionado alegría y dignidad al pueblo. Y es claro que le odiaron mucho muchos: potentados, opresores y victimarios, escuadrones de la muerte, militares y cuerpos de seguridad, gobernantes y políticos, los de casa y los del imperio del norte, muchos medios de comunicación social y algunos miembros de la jerarquía, aquí y en Roma.

Pero Monseñor no devolvió mal por mal, y nunca odió a quienes lo odiaban. La razón no era *practicar la virtud de la ascesis*, tal como se nos recomendaba o exigía en los seminarios y noviciados, sino *no poder ser de otra manera*. En la

homilía del 10 de septiembre de 1978, se dirigió “a mis queridos hermanos que me odian”:

Queridos hermanos, sobre todo ustedes, queridos hermanos que me odian; ustedes, mis queridos hermanos que creen que yo estoy predicando la violencia y me calumnian y saben que no es así; ustedes, que tienen las manos manchadas de crimen, de tortura, de atropello, de injusticia: ¡conviértanse! Les quiero mucho, me dan lástima porque van por caminos de perdición.

Muy poco antes de su muerte, en la homilía del 16 de marzo, dijo: “Me da más lástima que cólera cuando me ofenden y me calumnian. Que sepan que no guardo ningún rencor, ningún resentimiento”. Y a un periodista, le dijo las siguientes palabras, muy citadas, aunque a veces se discute su autoría: “Puede usted decir, si llegan a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan. Ojalá sí se convezan que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás”. Algunos dudan de que estas sean palabras textuales de Monseñor. Puede ser. De lo que no tengo duda es que son palabras muy coherentes con otras que, ciertamente, dijo. Y sobre todo, con lo que llevaba en su corazón y decía ante su Dios.

Yo pienso que Monseñor pudo cargar con el odio contra él, porque él cargó con el sufrimiento de los pobres, los oprimidos y las víctimas. Y con su amor, ellos cargaron con él. Quien ama y es amado así, no puede odiar a nadie. Solo puede amar a todos.

Retorno a la oblación de Monseñor. Después de escribirla con las palabras de san Ignacio, continuó su ofrecimiento a Cristo con las suyas propias. El final es entrañable y sorprendente. Las palabras expresan sencillez y esperanza exquisitas:

Así concreto mi consagración al corazón de Jesús, que fue siempre fuente de inspiración y alegría cristiana en mi vida. Así también pongo bajo su providencia amorosa toda mi vida y acepto con fe en Él mi muerte por más difícil que sea. Ni quiero darle una intención como lo quisiera por la paz de mi país y por el florecimiento de nuestra Iglesia [...] porque el corazón de Cristo sabrá darle el destino que quiera. Me basta para estar feliz y confiado saber con seguridad que en Él está mi vida y mi muerte, que a pesar de mis pecados en Él he puesto mi confianza y no quedaré confundido y *otros proseguirán con más sabiduría y santidad los trabajos de la Iglesia y de la Patria.*

Termino esta primera parte con algunas palabras, breves y emblemáticas, del mismo Monseñor: “Hay que convertirse, queridos hermanos; yo, el primero” (11 de noviembre de 1979). “¡Qué hermoso es ser cristiano! De veras, es abrazar la palabra de Dios encarnada, hacer suya la fuerza de salvación, tener esperanza, aun cuando todo parece perdido” (16 de julio de 1978). “Mi voz desaparecerá, pero mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que la hayan querido acoger” (17 de diciembre de 1978).

No sé qué pensaría el campesino sobre estas reflexiones. Pero para conocer el legado de Mons. Romero y ponerlo a producir, me encanta repetir sus sabias palabras: “Monseñor dijo la verdad. Nos defendió a nosotros, de pobres. Y por eso lo mataron”.

3. Las palabras de Ignacio Ellacuría

El campesino habló sobre qué hizo Monseñor y sobre su destino. Ellacuría las hubiese aceptado totalmente. Él, por su cuenta, añadió dos cosas, una explícita y otra implícita. Al hablar de Mons. Romero, Ellacuría insistió en su estrecha relación con Dios. Y aunque no habló explícitamente de ello, es evidente que Monseñor le causó un gran impacto, que lo cambió hondamente.

Ellacuría escribió: “es difícil hablar de Monseñor Romero sin verse forzado a hablar del pueblo”. Y así lo hizo. Siguiendo esa lógica, es decir, teniendo en cuenta las exigencias que imponía la realidad del mismo Mons. Romero para hablar de él adecuadamente, decimos nosotros ahora que, para Ellacuría, fue “difícil hablar de Monseñor Romero sin verse forzado a hablar de Dios”.

He encontrado tres textos en los que Ellacuría relaciona explícitamente a Mons. Romero con Dios. El primero es de los inicios de su ministerio arzobispal. Se encuentra en una carta espléndida, escrita el 9 de abril de 1977. El segundo está en un artículo de *Razón y Fe*, escrito pocos meses después del asesinato de Monseñor. El tercero, el más conocido, son las palabras que pronunció en la homilía de la misa funeral de Monseñor en la UCA.

En cada uno estos textos de Ellacuría, aparece *la relación entre Mons. Romero y Dios*, en una *afirmación teológica breve y lapidaria*, a las cuales añade *afirmaciones explicativas*.

3.1. “He visto en la acción de usted, el dedo de Dios”

En primer lugar, veamos y analicemos los tres textos mencionados. “Desde este lejano exilio, quiero mostrarle mi admiración y respeto”. Así comienza la carta del 9 de abril de 1977, escrita desde su exilio en Madrid. Y añade tres razones explicativas para que la expresión “he visto en la acción de usted, el dedo de Dios” no quedase reducida a acompañamiento meramente literario.

El *primer* aspecto que me ha impresionado es el de *su espíritu evangélico* [...] Usted inmediatamente percibió el significado limpio de la muerte del padre Grande, el significado de la persecución religiosa y respaldó con todas sus fuerzas ese significado. Eso muestra su fe sincera y su discernimiento cristiano.

Tuvo el acierto de oír a todos, pero acabó decidiendo por lo que parecía a ojos prudentes lo más arriesgado. En el caso de la única misa, de la supresión de las actividades de los colegios, de su firme separación de todo acto oficial,

etc., supo discernir dónde estaba la voluntad de Dios y supo seguir el ejemplo y el espíritu de Jesús de Nazaret.

El tercer aspecto es que usted ha hecho Iglesia y ha hecho unidad en la Iglesia. Bien sabe usted lo difícil que es hacer esas dos cosas hoy en San Salvador. Pero la misa en la catedral y la participación casi total y unánime de todo el presbiterio, de los religiosos y de tanto pueblo de Dios muestran que en esa ocasión se ha logrado. No ha podido entrar usted con mejor pie a hacer Iglesia y a hacer unidad en la Iglesia dentro de la arquidiócesis. No se le escapará que esto era difícil. Y usted lo ha logrado. Y lo ha logrado no por los caminos del halago o del disimulo, sino por el camino del Evangelio: siendo fiel a él y siendo valiente con él. Pienso que mientras usted siga en esta línea y tenga como primer criterio el espíritu de Cristo martirialmente vivido, lo mejor de la Iglesia en San Salvador estará con usted y se le separarán quienes se le tienen que separar. En la hora de la prueba se puede ver quiénes son fieles hijos de la Iglesia, continuadora de la vida y de la misión de Jesús, y quiénes son los que se quieren servir de ella.

En este modo de actuar de Monseñor, Ellacuría vio “*el dedo de Dios*”. Desconozco por qué usó estas palabras, pero lo más importante es que Mons. Romero hizo que Ellacuría “se viese forzado a hablar de Dios”. El *hacer* de Monseñor le hacía ver el *hacer* de Dios.

3.2. “Monseñor Romero fue un enviado de Dios para salvar a su pueblo”

“*Monseñor Romero, un enviado de Dios*”. Como el campesino, Ellacuría menciona el martirio de Mons. Romero con aprecio y admiración, y se detiene en describirlo.

Un 24 de marzo, caía ante el altar Monseñor Romero. Bastó con un tiro al corazón para acabar con su vida mortal. Estaba amenazado hacía meses y nunca buscó la menor protección. Él mismo manejaba su carro y vivía en un indefenso apartamento adosado a la iglesia donde fue asesinado. Lo mataron los mismos que matan al pueblo, los mismos que en este año de su martirio llevan exterminadas cerca de diez mil personas, la mayor parte de ellas jóvenes, campesinos, obreros y estudiantes, pero también ancianos, mujeres y niños que son sacados de sus ranchos y aparecen poco después torturados, destrozados, muchas veces irreconocibles.

En el artículo, Ellacuría comienza con la pasión y a continuación se pregunta qué había hecho en su vida Mons. Romero. En formulación concentrada, muy querida para él, dice: “lo que hizo monseñor fue traer salvación a su pueblo”. “No trajo salvación como un líder político, ni como un intelectual, ni como un gran orador”. Se puso a anunciar y realizar el evangelio con plena encarnación y en toda su plenitud. Puso a producir la fuerza histórica del evangelio. Comprendió

“de una vez por todas”, dice Ellacuría con fuerza y criticando la ausencia habitual de lo que dirá a continuación, que la misión de la Iglesia es el anuncio y la realización del reino de Dios, que pasa, ineludiblemente, por el anuncio de la Buena Nueva a los pobres y la liberación de los oprimidos. Monseñor buscó y trajo una salvación real del proceso histórico. Y habló a favor del pueblo “para que él mismo construyese críticamente un mundo nuevo, en el cual los valores predominantes fueran la justicia, el amor, la solidaridad y la libertad”.

Ellacuría vio don y gracia en Mons. Romero. “Fue un enviado”, dice, no un mero producto de nuestras manos. Se convirtió, no para todos por igual, “en el gran regalo de Dios”. “Los sabios y prudentes de este mundo, eclesiásticos, civiles y militares, los ricos y poderosos de este mundo decían que hacía política. El pueblo de Dios, los que tienen hambre y sed de justicia, los limpios de corazón, los pobres con espíritu, sabían que todo eso era falso. Nunca habían sentido a Dios tan cerca, al espíritu tan aparente, al cristianismo tan verdadero, tan lleno de gracia y de verdad”.

Todo ello le ganó el amor del pueblo oprimido y el odio del opresor. Le ganó la persecución, la misma persecución que sufría su pueblo. Así murió y por eso lo mataron. Por eso, igualmente Mons. Romero se convirtió en un ejemplo excepcional de cómo la fuerza del evangelio puede convertirse en fuerza histórica de transformación.

3.3. “Con Monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”

Ellacuría pronunció estas palabras en la misa funeral de Mons. Romero, que celebramos en la UCA. En ellas alcanza su punto culminante quién era Mons. Romero para Ellacuría. Con sobrada razón, estas palabras son las más conocidas.

En ellas hay genialidad de pensamiento, y no conozco pastores ni teólogos, filósofos ni políticos, que conceptualicen y formulen realidades con tal radicalidad. Las palabras pueden extrañar y sorprender. Pudieran parecer en exceso abstractas y, aunque teológicas, quizás no suenen en exceso religiosas o piadosas. Pero debo confesar que para mí son verdaderas y fructíferas. Al menos, expresan más verdad y producen más frutos que otras que he escuchado sobre Mons. Romero.

Ellacuría vio en la historia de Monseñor una ultimidad y una radicalidad que, en ese grado, no encontró en ninguna otra realidad, aun cuando esas realidades fuesen la justicia, la verdad y la libertad, la democracia y el socialismo, en sus mejores momentos. Tampoco la encontró, que yo recuerde, en otras personas del pasado, por muy venerables que hubiesen sido. Vio que el paso de Dios en Monseñor producía bienes personales y, novedosamente, sociales, difíciles de conseguir, y una vez conseguidos, difíciles de mantener. Producía justicia sin ceder ante la injusticia, defensa y liberación de los oprimidos, enfrentándose a sus opresores y esclavizadores. Producía compasión y ternura hacia los inde-

fensos. Producía verdad sin componendas, no aprisionada por la mentira, ni por el peligro recurrente de ceder a lo políticamente correcto. Y mantenía una esperanza que no muere.

A Ellacuría, Monseñor le habló, por una parte, de un Dios de pobres y mártires, ciertamente, liberador, exigente, profético y utópico. En una palabra, le habló de lo que en Dios hay de “más acá”. Pero también le habló de lo que en Dios hay de inefable, no adecuadamente historizable, de lo que en Dios hay de “más allá”, de misterio insondable y bienaventurado.

Así vio Ellacuría a Dios en Mons. Romero. Y a quien el término “Dios” le resulte extraño, que piense en las siguientes palabras de Ellacuría: “Lo último de la realidad es el bien y no el mal”. Eso “último” es lo que con Mons. Romero pasó por El Salvador.

Al hablar de Monseñor Romero, Ellacuría tuvo que hablar de Dios por necesidad, lo cual expresa también un cambio en Ellacuría. Este fue tan radical, que, a mi modo de ver, bien se puede y se deber usar la expresión *conversión para hacer justicia*, tal como lo hicimos al hablar de Mons. Romero. En ambos casos, hay una coincidencia sumamente significativa. Mons. Romero se convirtió con el asesinato de Rutilio Grande. Ignacio Ellacuría comenzó también su proceso de conversión con el asesinato de Rutilio y con la reacción de Monseñor ante ese asesinato. Y su conversión alcanzó su culmen con el asesinato de Mons. Romero.

Por lo que yo sé, no se suele hablar mucho del cambio-conversión de Ellacuría. Se suelen mencionar limitaciones y defectos de su persona, pero después de su martirio, se suele alabar a su persona en su totalidad, sin reducirla a su inteligencia. Recuerdo que una vez escuché en la UCA a una mujer que, sin saber nada del Ellacuría magnífico intelectual, me dijo: “muerto el padre Rutilio Grande, vino Monseñor Romero. Y después de Monseñor Romero, nadie ha hablado como el padre Ellacuría“. Esto lo he dicho muchas veces, pero no se suele mencionar, al hablar de Ignacio Ellacuría.

Si se me permite una pequeña digresión sobre este asunto, es claro que Ellacuría cambió en el modo de tratar a otras personas, lo que a veces hacía con dureza y prepotencia. Mencionaré dos ejemplos. A él mismo lo oí contar que, de estudiante jesuita, tuvo discusiones fuertes con sus superiores. En particular, recordaba su tensión con el rector del teologado de Innsbruck, a comienzos de la década de 1960. Víctor Codina, jesuita y compañero suyo en Innsbruck, en un artículo que escribió después de su asesinato, con aprecio y agradecimiento, le recordaba como *el rey sol* de Innsbruck.

Cuando ya en Madrid estuvo con Zubiri, preparando el doctorado en filosofía, al ver los revuelos que causaba entre los estudiantes de la Universidad de Comillas, un jesuita en autoridad le dijo: “¿No ha pensado usted en dejar la Compañía?”. Ellacuría le contestó: “Yo no. ¿Y usted?”. Ellacuría podía ser tajante

sin contemplaciones. Podía ser adusto. Y a veces, podía ser tan firme en sus convicciones y decisiones, que se mostraba duro y prepotente.

Esto no quita que también podía ser buen amigo y aun cariñoso. Era dado a defender a los jesuitas, cuando eran atacados por poderosos de derecha o cuando eran incomprendidos dentro de la Compañía por defender causas justas, lo cual generaba escandalera en las comunidades. Con los años, aunque no puedo poner fechas, los excesos y las aristas de su temperamento, sobre todo, su dureza y prepotencia, se fueron limando, en buena medida. Mayor fue el cambio que se fue operando en él, en la época en que vivió y trabajó en El Salvador, entre finales de las décadas de 1960 y 1980. Pienso que hubo dos épocas, siendo la segunda la de mayor profundidad personal.

En la primera época, entre 1968 y 1977, Ellacuría, como ser humano, jesuita y cristiano, hizo una opción por los pobres, una opción radical por la justicia y llevó a cabo una lucha contra la injusticia, que empobrecía a las mayorías. Eso lo llevó a defender públicamente, y con buenos argumentos, a Medellín y la Congregación General XXXII. Respecto a lo que ocurría en El Salvador, defendió la validez de la huelga de los maestros de 1971, sobre la cual la UCA publicó un libro poco después. Denunció el fraude electoral de 1972, sobre lo que, junto con otros compañeros, publicó el libro *El año político*. En 1976, defendió las promesas de reforma agraria del gobierno del presidente Molina, por pequeñas y falaces que fueran.

Por lo que toca a su vida interior, la vida de su espíritu, son prueba de cambio, y aun de *conversión*, los Ejercicios de san Ignacio que dirigió a toda la provincia centroamericana, en 1969, y a un buen grupo de jesuitas jóvenes, en 1971. En esto, Ellacuría no era único, pues un buen número de jesuitas de nuestra provincia centroamericana y de otras de América Latina también aceptaron el cambio y se convirtieron. Pero, a mi modo de ver, Ellacuría fue preclaro.

En 1977, con el asesinato de Rutilio Grande y la inmediata reacción de Mons. Romero, Ellacuría entró en una segunda época de cambio, que llegó a ser muy radical. En 1983, después de retornar de su segundo exilio, entró en los últimos seis años de su vida. Entonces, asumió como tarea fundamental poner fin a la guerra, a través de un diálogo que desembocase en una negociación. A esa tarea dedicó sus mejores energías, tiempo y salud. Por ello, tuvo que escuchar críticas de ambos lados —más de la derecha que de la izquierda—, pues cada bando quería vencer militarmente al otro. Y con razones, o autoengaños, pensaban que la victoria era posible.

A partir de este momento, me gusta utilizar el término *conversión* al hablar de Ellacuría, como lo hice al hablar de Mons. Romero. En mi opinión, esa transformación comenzó a notarse en que Ellacuría hablaba de Monseñor y de Dios de una manera diferente. Asimismo, se observa que profundizó y radicalizó

su opción por el pueblo y por la justicia, desde el Dios que avizoró con Mons. Romero. Algunas muestras visibles de esa *conversión* son la carta del 9 de abril de 1977 y el reconocimiento público de que Monseñor era superior a la UCA, y, obviamente, también a su persona: “él era la voz, nosotros el eco”, dijo en 1985.

No basta, como suele ser normal, tener a Ellacuría, aun admitiendo sus limitaciones y defectos, como una gran persona, muy capaz, ciertamente con gran inteligencia, tenaz y audaz, excepcional. Pensar así no es un desatino, pero puede ser empobrecedor, en algún grado, si no se tiene en cuenta que Ellacuría, viviendo la realidad de El Salvador, con pobres, víctimas y mártires, *se convirtió*, y que la fe de Mons. Romero se le impuso como algo bueno y humanizante. Se alegraba de que Monseñor fuese hombre de fe, y de que esa fe fuese contagiosa. Algo o mucho de Mons. Romero —en definitiva, solo Dios lo sabe— se le pegó a Ellacuría. *El misterio* cobró novedad y cercanía. No tengo argumentos apodícticos para defender esta afirmación, pero puede haber vías, como decía santo Tomás, para hacerla razonable.

En su exilio en Madrid (1980-1983), con más tiempo, y en sus últimos años en El Salvador (1983-1989), aun con múltiples ocupaciones de máxima urgencia y responsabilidad, siempre encontró tiempo para escribir textos teológicos, en especial, sobre eclesiología, espiritualidad y cristología. Algunos de ellos, más específicamente *teologales*. En ellos abordaba directa o indirectamente la realidad de Dios.

Ellacuría mencionaba a “Dios” con naturalidad para dar fuerza a una idea, también cuando no tenía por qué hacerlo. En una dura crítica, escribió: “todo importa más que escuchar realmente la voz de Dios que [...] se escucha tanto en los sufrimientos como en las luchas de liberación del pueblo”.

En esa última época, también pasó por momentos de oscuridad. Nunca sentí que cayera en la desesperación, pues siempre seguía trabajando; pero sí sentí en él un cierto malestar de espíritu. Las cosas no marchaban bien para el país y Ellacuría no parecía encontrar asidero seguro para su lucha por el diálogo. Una vez me dijo, como de pasada, “solo queda la estética”. Y otra vez me dijo, también de pasada, algo que quizás el lector no entenderá y que le hará sonreír: “Ya ni el Athletic”. Yo le comprendí perfectamente. Y es que para los nacidos en Vizcaya, el País Vasco, el club de fútbol Athletic de Bilbao solía ser algo entrañable.

Como Monseñor, Ellacuría tomó en serio la posibilidad de una muerte violenta. No solía hablar de ello y, ciertamente, no para darse importancia. Pero era muy consciente de esa posibilidad. Conmigo habló alguna vez. Meses antes de su asesinato, me dijo: “ahora que trabajo por el diálogo y la negociación, mi vida corre más peligro que cuando me tenían por izquierdista y revolucionario”. Y como un ilustrado estoico, me dijo también: “Me han dicho que el dolor de un disparo solo dura 20 segundos”.

En medio de estas experiencias personales sobre el sentido y el sinsentido de la vida, Ellacuría siguió luchando. No cambió en lo que él mismo formuló como tarea fundamental: “empujar el carro de la historia”. Y siguió pensando. Escribió artículos sobre la situación militar, económica y política, y varios textos de teología, que publicó en la *Revista Latinoamericana de Teología*, que fundamos en 1984. Eran artículos teológicos, pero con un trasfondo *teologal*. Y más allá de temas concretos, remitiéndose al pensar y sentir de Mons. Romero, Ellacuría hablaba con toda naturalidad de la *trascendencia*.

El mayor impacto que Mons. Romero causó en Ignacio Ellacuría fue su *fe*. Usando dos frases de las últimas homilías de Monseñor, Ellacuría pudo captar, con asombro sí, pero en continuidad con su propia manera de ser y hacer, lo que dijo el 23 de marzo, en la víspera de ser asesinado:

En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les pido, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios: ¡Cese la represión!

Pienso que también captó —pero aquí su asombro pudo ser todavía mayor— lo que Monseñor había dicho seis semanas antes, en la homilía del 10 de febrero:

Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios [...] ¡Quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y que viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez!

Ante palabras como esas, Ellacuría sentía —esa es mi convicción— que en Mons. Romero había algo diferente, superior, no solo cuantitativa, sino también cualitativamente. A él no lo empequeñecía, pero le ayudaba a saberse y ubicarse mejor como ser humano. De hecho, Monseñor lo llevó a mencionar varias veces, y en momentos importantes, la *trascendencia*. El día que la UCA otorgó el doctorado *honoris causa* a Mons. Romero, Ellacuría, al hablar explícitamente de su esperanza, dijo:

Sobre dos pilares apoyaba Monseñor Romero su esperanza: un pilar histórico, que era su conocimiento del pueblo, al que atribuía una capacidad de encontrar salidas a las dificultades más graves, y *un pilar trascendente*, que era su persuasión de que últimamente Dios era un Dios de vida y no de muerte, que lo último de la realidad es el bien y no el mal.

Y en el artículo “Monseñor Romero, un envido de Dios para salvar a su pueblo”, Ellacuría, al hablar de la salvación, retomó la insistencia del arzobispo en la trascendencia.

Monseñor Romero nunca se cansó de repetir que los procesos políticos, por muy puros e idealistas que sean, no bastan para traer a los hombres la liberación integral. Entendía perfectamente aquel dicho de san Agustín que

para ser hombre hay que ser “más” que hombre. Para él, la historia que solo fuese humana, que solo pretendiera ser humana, pronto dejaría de serlo. Ni el hombre ni la historia se bastan a sí mismos. Por eso *no dejaba de llamar a la trascendencia*. En casi todas sus homilías salía este tema: la palabra de Dios. La acción de Dios rompiendo los límites de lo humano.

Esto que aquí Ellacuría dice esquemáticamente sobre Monseñor y la trascendencia, puede verse también en los textos ya analizados, donde lo relaciona novedosamente con Dios: pone en relación activa y dinámica *a Dios y al pueblo, al pueblo y a Dios*.

Por un lado, Ellacuría captó a Dios abajándose al pueblo: “Dios pasó por El Salvador”, y no cabe duda por cuál El Salvador pasó: por el de los pobres y los oprimidos, por el de las víctimas y los mártires. Por otro lado, captó al pueblo elevándose a Dios. El pueblo de Dios, los que tienen hambre y sed de justicia, los limpios de corazón, los pobres con espíritu, “nunca habían sentido a Dios tan cerca”.

Puede ser que esté forzando un poco el lenguaje, pero Ellacuría, desde Monseñor, vio a Dios acercándose al pueblo y a este acercándose a Dios. Y pienso que pudo ver a Dios así, por la afinidad martirial de Monseñor con el pueblo y por el amor total de Monseñor al pueblo.

He contado varias veces que en 1969, en una reunión en Madrid, oí decir a Ellacuría, en un pequeño grupo: “Rahner lleva con elegancia sus dudas de fe”, con lo cual venía a decir que tampoco para él la fe era algo obvio. Sus palabras no me sorprendieron, pues aquellos eran años recios para la fe en Dios, la mía propia y la de otros compañeros e incluso profesores. El contacto abierto y serio con los filósofos modernos —increyentes la mayoría de ellos, excepto Xavier Zubiri—, el surgir de la teología crítica, incluso la de la muerte de Dios —ese era el ambiente que predominaba en los años en que Ellacuría alcanzó su madurez intelectual—, su propio talante honesto y crítico, nada propicio a credulidades y argumentos poco convincentes y con matices apologéticos, y el gran cuestionamiento de Dios que es la miseria y el escándalo del continente latinoamericano, no debieron hacer obvia la fe en Dios de un hombre como Ignacio Ellacuría.

Como muchos otros, pienso que Ellacuría anduvo a *vueltas con Dios*. En palabras de la Escritura, *luchó con Dios*, como Jacob. Y estoy convencido de que se dejó vencer por Dios, aunque la victoria, o la derrota, es siempre cosa muy personal. De ello solo se puede hablar con infinito cuidado, y en definitiva, no es captable desde fuera.

Dicho en palabras más sencillas, Mons. Romero, sin proponérselo Ellacuría, lo impulsó y lo capacitó para colocarse activa y novedosamente, y para mantenerse, ante el misterio último de la realidad. De Monseñor le impresionó profundamente cómo se remitía a Dios, no solo en la reflexión y en la predicación, sino

en la más profunda realidad de su vida. Dios era, para Monseñor, absolutamente real. Y Ellacuría vio que con ese Dios, Monseñor humanizaba a las personas y traía salvación a la historia.

Mons. Romero vino a ser, para Ellacuría, como el rostro del misterio, que asoma en nuestro mundo. Un misterio, en definitiva, más *fascinans* que *tremendum*. Y en presencia de ese Monseñor, Ellacuría se sentía —él, que no estaba acostumbrado a ello— pequeño. Pero era un empequeñecimiento que no humilla, sino que ubica adecuadamente en la historia y otorga dignidad. Con exquisita delicadeza, Monseñor le ofrecía aquello en lo cual él era eximio y en lo cual los demás somos más limitados.

Terminamos citando las palabras de Ellacuría, en su último artículo, publicado en 1989, en la *Revista Latinoamericana de Teología*. En él trató de la profecía y la utopía, de la Iglesia, la fe y la salvación.

La negación profética de una Iglesia como el cielo viejo de una civilización de la riqueza y del imperio y la afirmación utópica de una Iglesia como el cielo nuevo de una civilización de la pobreza es un reclamo irrecusable de los signos de los tiempos y de la dinámica soteriológica de la fe cristiana historizada en hombres nuevos.

Y concluyó:

Estos hombres nuevos siguen anunciando firmemente, aunque a oscuras, un futuro siempre mayor, porque más allá de los sucesivos futuros históricos se avizora el Dios salvador, el Dios liberador.

Ver a Dios y al pueblo así, responder y corresponder a ese Dios y a ese pueblo, es *el legado* que nos ha dejado Mons. Romero. En mayor o menor grado, varias personas lo han recogido y lo han puesto a producir. Y ya que estamos en un auditorio que lleva su nombre, no olvidemos que el legado del mártir Mons. Romero lo recogió y lo puso a producir magníficamente el mártir Ignacio Ellacuría. Por eso, he hablado largamente de él.

San Salvador, 2 de septiembre de 2018.